

teoricismo y autocrítica: en busca del tiempo perdido

daniel prieto castillo

argentino, profesor del instituto latino-
americano de comunicación

(PONENCIA PRESENTADA EN EL ENCUENTRO CONEICC-82, MTY. N.L., ABRIL DE 1982).

Tramposas las palabras, tercas. Cuando uno intenta captar algo del propio ser, piel adentro, historia cotidiana adentro, aparecen graciosas,

fascinantes, siempre capaces de hacer creer que ellas son lo que uno busca.

Y si el camino es hacia fuera, ¡cuántos jardines, valles, montañas, ciudades ofrecen! Tan fácil ser jardinero sin ensuciarse las manos; correr valles sin moverse; trepar montañas sin una sola agitación del pecho; atravesar calles ilusorias.

Trampa maravillosa son las palabras; terca celada en las que nos hemos empeinado en caer gozosamente. Recuerdo a un contemporáneo de Cicerón que leía durante todo el día, mientras comía, mientras se bañaba; recuerdo a aquel personaje de la náusea que intentaba leer en una biblioteca todo lo que se había escrito, desde la a la z, en ese orden; rememoro las horas perdidas en los salones de clases: yo te doy palabras y tú me las devuelves. . .

Limpias son también las palabras, agudas, certeras, capaces de abrir caminos donde no existen; de forjar el encuentro entre dos seres, o consigo mismo; de ayudar en la infinita tarea de comprender algo de nuestra propia realidad.

No existe trampa entonces, no hay celada. Certeras saetas las palabras así usadas; ejercicio vertiginoso de ir encontrando a los demás, a uno mismo, de ir asomándose al sentido de lo que nos rodea.

Dos formas reconozco, pues, del uso de las palabras. Ambas han recorrido la historia de Occidente sin tregua alguna. El viejo Platón las distinguió con una claridad estremecedora en un diálogo que todos nuestros estudiantes de comunicación debieran leer: *El sofista*. No es difícil trasponer aquellas discusiones a nuestro tiempo y, en una actitud maniquea, señalar que a los medios de difusión colectiva corresponde el uso de la palabra tramposa y a nosotros, sus críticos, el otro.

Como soy un viejo pecador, entre mis viejos pecados está el haber pasado por esta actitud maniquea. Cuando medité sobre la antigua retórica vine a descubrirla en los mensajes que actualmente circulan por millones. Escribí entonces un librito que quizá algunos habrán tenido que soportar alguna vez: *Retórica y manipulación masiva*. Fui incapaz, en esas páginas, de reconocer un uso tramposo de las palabras entre quienes trabajan desde lo que aparentemente constituye la margen opuesta a la de los mensajes dominantes. Y eso me sucedió por una suerte de torpeza, pereza también, intelectual. Si hubiera meditado más sobre lo que escribió el viejo Platón, tal vez cuatro años antes de este encuentro podría haber adelantado los temas que ahora me preocupan. Pero también me ocurrió por falta de perspectiva histórica. En 1978, 77 en realidad porque el libro debió esperar un año en la editorial, no eran claros, al menos para mí, los efectos del uso de la palabra tramposa en nuestras escuelas de comunicación.

En los 80 fue ya posible tomar conciencia; los excesos terminológicos y teóricos, seudoteóricos acotemos, podían ser analizados a través de la evaluación de toda una década.

Una diferencia abismal

Llamo teoricismo al uso de la palabra tramposa en nuestro campo, en nuestra margen. Llamo teoría, llamo expresión, al otro uso.

El impulso teórico de comienzos de la década de los 70 terminó en muchos casos en teoricismo. Vale la pena recordar aquel comienzo. Salíamos de un largo período en que la teoría no existía o, en todo caso, no servía para nada. El periodista de entonces, el que se pretendía formar, recibía un barniz de cultura general y salía de las escuelas sin ninguna capacidad crítica. Los procesos sociales que vivían nuestros países abrieron las puertas de las escuelas a un anhelo, manifestado en primer lugar por los estudiantes, por el conocimiento, la comprensión de lo que estaba ocurriendo. ¡Cuántos instrumentos nos faltaban entonces! La producción latinoamericana era prácticamente nula. Recuerdo los esfuerzos por obtener bibliografía, productos de investigaciones. Recuerdo la enorme cantidad de cartas que quedaron sin respuesta cuando mediante ellas anduvimos golpeando las puertas de distintas universidades latinoamericanas. Circulaban, a través del libro, un par de excepciones que todos conocemos. Y alguna que otra traducción que nos llegaba desde Europa.

Con el impulso formidable de aquellos años —los primeros de la década— hubo en muchos casos que generar la teoría necesaria para resolver problemas concretos.

Para mí es eso la teoría: aquellos cuerpos conceptuales que una situación social genera. Llamo teoricismo a dos intentos: El de ocultar una situación mediante las palabras y el de pretender meter la situación en el marco que imponen las palabras.

Aquella teoría inicial debía confrontarse dentro y fuera de las escuelas. Dentro porque la oposición de los docentes tradicionales, de quienes habían fundado y sostenido las viejas escuelas de periodismo, era prácticamente total. En realidad, se vino a romper entonces un idilio más que perjudicial para los estudiantes: la convivencia entre quienes daban las materias de cultura general y los encargados de las prácticas. Durante muchos años cada cual ofreció lo suyo sin preocuparse por el vecino. Pero a comienzos de los 70 hubo quienes, desde la teoría, comenzaron a impugnar el quehacer periodístico en general. Los viejos esquemas del periodismo de corte liberal eran enjuiciados uno tras otros.

Aquellas tonterías que alguna vez nos hicieron creer —el cuarto poder, la objetividad, la defensa de la opinión pública— se derrumbaban con violencia. Y violenta fue la respuesta dentro de las escuelas como violenta fue la que se produjo fuera de ellas. Es que, a los ojos de los sectores sociales en el poder, las escuelas no habían sido creadas para eso.

Su fundación obedecía a la necesidad de formar cuadros para los medios de difusión tal cual funcionaban entonces. Y si en ellos no había sufi-

ciente campo de trabajo, bien se podía echar mano a especializaciones en publicidad y relaciones públicas.

¿A quién se le ocurría cuestionar un camino semejante? Epoca dura aquella: De infinitas discusiones, de asambleas, de artículos escritos sobre la marcha, para defender un análisis atacado por todos los flancos; de clausuras de escuelas, de declaración, por ley de un estado de cuyo nombre no quiero acordarme, de la semiótica como ciencia subversiva.

A mediados de la década de los 70, de alguna manera la batalla había sido ganada. La teoría era reconocida como una necesidad en las escuelas y en general uno podía conseguir trabajo sin que le echaran los perros encima. La bibliografía se había multiplicado y la producción latinoamericana crecía sostenidamente. Sin embargo, ese espacio abierto a costa de muchos sacrificios, fue desaprovechado, mal utilizado, a mi modo de ver, en los años siguientes.

Ya lo decía el viejo

Quiero ser muy cauto en esta parte de mi discurso. Las palabras son aladas, como reiteraba siempre el viejo Homero, y hay que tener cuidado con la dirección que toman. Preciso mi afirmación anterior: parte, buena parte me atrevería a añadir, del espacio abierto para la teoría fue desaprovechado por la irrupción del teoricismo. Ello no quiere decir que la teoría haya desaparecido. Pero sí quiere decir que el teoricismo le hizo, y le hace, mucho daño, tanto a ella como a la enseñanza y a la investigación de la comunicación. Junto a los teóricos de viejo y nuevo cuño fueron apareciendo los teoricitas de verbo deslumbrante, capaces de apabullar a cualquiera con sus infatigables argumentos; fueron surgiendo, y no han desaparecido por desgracia, verdaderas justas verbales, catedrales de palabras, sofisticación sobre sofisticación.

Todo esto, por lo menos a través de tres caminos: la crítica a la conformación de la sociedad, la teoría del discurso y los devaneos semióticos. Otra vez se hacen necesarias las aclaraciones: no estoy rechazando la crítica social, ni la teoría del discurso, ni el uso de la semiótica. Estoy rechazando la manera en que fueron, en general, incorporados a la enseñanza de la comunicación, la forma en que terminaron por hacer perder preciosas horas de investigación.

La crítica de la conformación de la sociedad fue desarrollada desde un punto de vista macro. Ello llevó directamente, durante años, a la denuncia del papel de las transnacionales de la información; a la descalificación total de todo lo que pudiera venir del estructural funcionalismo; al análisis, hasta el cansancio, de lo correspondiente al modo de producción, las relaciones sociales de producción y todo lo que esto, en general, encierra.

En la teoría del discurso hay un camino de hierro que comienza en Al-

thoussier y termina en Foucault, pasando por Baudrillard, Pecheux y demás secuaces (etimológicamente: los que siguen a alguien. Uso el término en ese sentido pero también en el otro que todos conocemos).

Las mayores acrobacias verbales se producen en la tercera vertiente: las semiótica. Hay palabras mágicas como denotación y connotación, que aparentemente pueden abrir todas las puertas. Hay esquemas de interpretación que terminan por tergiversar lo interpretado. Hay una confusión de escuelas y de autores, una confusión descomunal.

Me defiendo ante posibles objeciones: ¿hay que rechazar acaso los análisis macro, la denuncia a las maquinaciones de las transnacionales, el conocimiento de las interdeterminaciones sociales?

De ningún modo. Pero cuando nos quedamos sólo en lo macro y en la denuncia, no vamos a ninguna parte. Me atrevería a esquematizar algunas materias de comunicación de la siguiente manera:

Asignaturas:

Modo de producción 1

Modo de producción 2

Modo de producción 3

Modo de producción 4

Denuncia 1

Denuncia 2

Denuncia 3

Denuncia 4

Transnacionales 1

Transnacionales 2

Transnacionales 3

Transnacionales 4

Hay un inmenso espacio que permanece fuera de todo eso. Volveré más adelante sobre él. Quiero dar ahora dos ejemplos para mí verdaderamente patéticos.

Primera actividad en un curso desarrollado en la parte final de una carrera de comunicación: "escriban por favor una definición de comunicación y expliquen cada uno de los conceptos empleados". Segunda actividad: "seleccionen un tema relativo a la ciudad y escriban tres cuartillas acerca de él". Resultados: incapacidad generalizada de definir aquello en lo cuál se está trabajando desde hace años; incapacidad de redactar con algún grado de coherencia las tres cuartillas. Excepciones, por supuesto, pero sólo eso: excepciones.

Segundo ejemplo: una tesis sobre etiquetas para uso en empresas del estado que elaboran y distribuyen productos para sectores populares. To-

tal de páginas 220. Páginas dedicadas al modo de producción capitalista: 180. A la teoría general de la comunicación y del diseño: 20. A la presentación de las etiquetas: 10. A las conclusiones y bibliografía: 10. Valor de las 180 primeras: nulo, una simple transcripción de afirmaciones que otros hicieron. La cadena infinita de un texto que remite a otro y éste a un tercero y así sucesivamente.

El teoricismo, en ambos casos, causó estragos. Si después de cuatro o cinco años no se tiene la capacidad de pensar la propia profesión, ni de expresarse, si se cae en un interminable palabreo, les hemos hecho perder a nuestros estudiantes preciosos años de sus vidas. Y en un conjunto de países donde quienes acceden a la universidad son una mínima minoría, situaciones semejantes deberían ser penadas, porque se trata de una estafa no sólo a individuos sino a la sociedad toda.

Otra posible objeción: ¿qué tiene usted contra la teoría del discurso? ¿Acaso no ha constituido ella un avance en la reflexión sobre las estrategias discursivas de la clase dominante? ¿Acaso no hay allí un material riquísimo para los estudios de comunicación?

Bien. Reconozco que tengo mucho en contra de esa teoría, como también reconozco que me apasiona en algunos de sus hallazgos. Me gustaría participar en un seminario en el que analizáramos las consecuencias teóricas de la absolutización del discurso dominante, Baudrillard; de la división maniquea entre ciencia e ideología, Althusser; de los magníficos juegos verbales de Foucault en torno del apriori histórico.

Inutilidad del teoricismo

Pero por ese lado no van mis objeciones fundamentales. Lo que me preocupa es la mediación entre las propuestas de esos autores y la teoría y la investigación de la comunicación en nuestro país. Creo que en general tal mediación no ha sido lograda, incluso por parte de muchos docentes. De los estudiantes, mejor sería no hablar. Pero hablemos. Estamos justo en el momento válido para hacer una encuesta a los jóvenes a fin de comprobar la utilidad que esos autores les han prestado. Estoy seguro de que la reacción es exactamente la opuesta a lo que se pretendía lograr; estoy seguro de que encontraríamos un difundido rechazo no sólo a lo que tales europeos ofrecen, sino también al intento de concientizar, de forjar una actitud crítica. El teoricismo es el mejor camino para destruir una actitud semejante.

También acá hay excepciones, sin duda, pero ellas son los que ofrecen teoría, quienes son capaces de recrear los grandes esquemas del pensamiento contemporáneo y de adecuarlos al ámbito de la comunicación.

Para poder lograr eso es necesario un conocimiento serio de aquel pensamiento y un más serio conocimiento de los problemas relativos a la comunicación. Precisamente la actitud teoricista proviene de la carencia en

uno y otro sentido, o en ambos a la vez. Y si el docente difunde esquemas sostenidos con alfileres, lo más probable es que los alumnos hagan algo similar. O bien se rebelen y larguen todos los alfileres al diablo, con sus correspondientes esquemas. Signos de esta rebelión no faltan como veremos más adelante. El tercer ámbito de posibles objeciones es el que corresponde a mis dudas sobre la aplicación de la semiótica. Para defenderme remito a ustedes a mis afirmaciones sobre esquemas, alfileres y diablo.

Pero agrego algunos puntos más: la discusión semiótica, a la manera en que jugaron y juegan autores europeos que no es necesario mencionar, es en el terreno de la comunicación completamente irrelevante. Más aún, completamente perjudicial. A los fines de nuestra teoría y de nuestras investigaciones, la discusión sobre la naturaleza del signo —discusión que, por otra parte, ya está siendo abandonada—, por ejemplo, no sirve absolutamente para nada. Como tampoco sirven las disquisiciones teóricas de Umberto Eco en su *Estructura ausente* y ni sus retrocesos teóricos en su *Tratado de semiótica general*.

Escuelas y estudiantes se han empantanado a lo largo de años en cuestiones que no comprenden (porque no les hacen falta, porque para entenderlas se requiere una formación distinta), en la adquisición de un palabrerío inútil, en la recepción de unos pocos esquemitas con los que creen, o les hacen creer, que pueden interpretarlo todo.

Desde el campo de la comunicación, al menos en este momento histórico, en esta fase de su desarrollo, necesitamos una semiótica estrictamente instrumental, únicamente instrumental. Necesitamos que el estudiante y los docentes puedan abordar textos e imágenes sin soberbia, con la humilde actitud del artesano que es capaz de comprender los engranajes de un mecanismo más o menos complicado. Pedimos nada más la capacidad de analizar un mensaje en relación con su marco de referencia. Nada del otro mundo. Y cuando más preciso sea el instrumental, más preciso será el análisis. Lo demás es, en nuestro ámbito, puro palabrerío, teoricismo estéril y esterilizante.

Llamo teoricismo a un trabajo teórico improductivo. Y en torno de esta última palabra deben girar todas las evaluaciones que hagamos sobre los resultados obtenidos en los últimos doce años. Porque la productividad se mide en cantidad de trabajos publicados; en el valor, en la utilidad de los mismos; en la capacitación que han recibido nuestros estudiantes; en el avance y la consolidación de productos de investigación; en la conformación de escuelas de pensamiento y de análisis. Tengo muchas dudas sobre lo que podríamos sacar en limpio de una evaluación semejante.

Llamo teoricismo a la manera más común de eludir la responsabilidad de trabajar sobre la problemática real de la comunicación, con la coartada de que sí se está trabajando sobre ella.

¿Qué hemos ganado en el tiempo que nos ocupa? ¿Se ha perdido totalmente el espacio conseguido con tanto esfuerzo a comienzos de la década?

¿El teoricismo lo ha apresado todo, ha arruinado el esfuerzo intelectual de tantos años y de tanta gente?

Contesto negativamente a las dos últimas preguntas. Ni el espacio se ha perdido, ni el teoricismo lo ha detenido todo. En el tiempo que nos ocupa hemos ganado en teoría y en investigaciones, y sobre todo en experiencia que nos permitirá poco a poco desembarazarnos del teoricismo.

Quiero decir que tenemos que apartarnos del uso de la palabra trampa, de los intentos de ocultar una situación mediante la palabra o de pretender meter una situación en el marco que imponen las palabras; de la actividad teórica improductiva; de este andar eludiendo la responsabilidad de trabajar sobre la problemática real de la comunicación con la coartada de que sí se está trabajando sobre ella.

El problema, la dispersión de esfuerzos

Esto no es ni será sencillo. Por un lado, los teoricitas se defienden a golpes de verbo (todo el mundo sabe los dolores de cabeza que le provocaron a Platón los sofistas); por otro, hay una suerte de complicidad —que se va terminando, por suerte— en el dejarse llevar por la magia de un texto que remite a otro y éste a un tercero y así sucesivamente. Por otra parte, y esto es lo más grave, muchos teoricitas se visten de teóricos, como en la vida cotidiana muchos estereotipos se visten de conceptos. La teoría y la investigación, ambas vertientes, existen y se desarrollan en nuestros países. El problema está en la dispersión y en el desconocimiento de lo que se está haciendo. El problema está en el aislamiento que no ha permitido un proceso acumulativo para fundamentar líneas teóricas fuertes, líneas de investigación constantes. No es que nada se haga, es que lo que se hace queda restringido al ámbito de una o de unas pocas escuelas.

Vivimos en países donde los flujos de información son tremendamente lentos, donde un libro espera en la editorial uno o dos años, donde un artículo queda metido en un cajón porque los canales para su publicación son siempre mínimos. Sumemos a ello el ocultamiento de información, la pereza intelectual, la falta de capacidad para mirar hacia el propio entorno y quitar, aunque sea un poco, los ojos de los autores europeos.

El aprovechamiento de aquel espacio perdido se hará sólo si nos ponemos a trabajar con la producción latinoamericana en general y mexicana en especial. Esto se hace, sin duda, pero estoy sugiriendo que se haga de una manera constante y en una proporción mucho mayor a la actual. Estoy sugiriendo cursos fundados en su totalidad en autores latinoamericanos; investigaciones bibliográficas sobre la producción de nuestros países; actualización de ficheros, porque supongo que existen, para tener acceso a toda la producción de tales autores; evaluación de la manera en que se han ido desarrollando la teoría y la investigación entre nosotros.

A partir de esa base existente, insisto, absolutamente valiosa, podremos continuar trabajando en la línea que más nos interese. Lo que no hemos entendido en nuestro ámbito de trabajo es que la teoría y la investigación son siempre procesos acumulativos. No se puede comenzar cada mañana a inaugurar la ciencia; no se puede intentar decir, como un gran hallazgo, lo que otros dijeron y hallaron mucho antes.

Una de las frases más comunes en nuestros estudiantes, cuando les toca padecer la experiencia de escribir su tesis de licenciatura, es la siguiente: "sobre esto no hay material, no se ha escrito nada". Y sucede que hay cerros de material, pero nadie sabe dónde están ni nadie se ha tomado la molestia de ubicarlos para apoyar investigaciones.

Para generar un proceso acumulativo hace falta disciplina. Y para lograr un mínimo de disciplina hace falta seriedad. Y para conseguir algo de seriedad hace falta un esfuerzo constante, un trabajo cotidiano que a menudo no somos capaces de inculcar a nuestros estudiantes. En muchos casos los cursos de comunicación se resuelven en tres o cuatro textos y en golpes de ingenio para relacionarlos y terminar de alguna manera el tiempo fijado para la enseñanza. Y el trabajo de nuestros estudiantes queda reducido a unos pocos apuntes, a unas notas que se olvidarán para siempre, a una inmensa, imperdonable pérdida de tiempo.

Como agujas en el pajar

En nuestro país y en el resto de los de América Latina se ha trabajado mucho. Hay materiales que nadie emplea. Un ejemplo: hace cuatro o cinco años se empezó a hablar de la comunicación alternativa. Cuando a un estudiante se le ocurre hacer su tesis sobre ese tema anda persiguiendo unos pocos apuntes y libros que circulan en nuestro medio. Sin embargo, en el contexto latinoamericano, los trabajos sobre ese tema son más que abundantes. Así, en Brasil los artículos, libros y relatos de experiencias se cuentan por docenas. Pero normalmente se desconocen en nuestro medio.

Esta situación de falta de aprovechamiento de recursos, de desorientación, de pérdida de tiempo, es responsabilidad directa de las universidades. Y como las universidades no son seres con voluntad ni poder de decisión, hay que añadir que es responsabilidad directa de nosotros, los universitarios. El aislamiento y la improvisación suelen ser constantes en nuestro campo. Y cuando eso crece se va careciendo cada vez más de la información suficiente como para poder aportar algo a la teoría y a la investigación.

Claro está que vamos saliendo paulatinamente de eso. Los foros se multiplican y las asociaciones se encargan de relacionar a la gente, de fomentar el intercambio de trabajos. Pero ello no es suficiente. Hay una distancia todavía no salvada, entre lo que se está aportando a través de aquellos es-

fuerzos y la labor cotidiana de docencia e investigación. El que nos encontremos, cambiemos ideas y nos llevemos material a la casa, no soluciona nada. La cuestión es qué hacemos con esos materiales, de qué forma los incorporamos a nuestro trabajo cotidiano. La cuestión central es que trabajamos con seres humanos, con estudiantes que a menudo no reciben lo que nosotros andamos recogiendo en los foros.

Y es por esa carencia de esfuerzo acumulativo que puede abrirse paso, a menudo con una fuerza arrolladora, el teoricismo. Cuando aparentemente no hay nada, todo hay que buscarlo en otros sitios; todo hay que suplirlo por textos que en muchos casos no son relacionados en absoluto con los problemas de comunicación.

Tal insuficiencia llega a extremos como el siguiente: en una escuela no se sabe lo que produjeron los estudiantes y profesores en cursos anteriores, no se tiene ni siquiera un inventario de los temas de las tesis, no se sabe qué hay en la biblioteca. Así, nos vamos quedando sin pasado a cada instante y eso, en el campo científico y de investigación, es una actitud francamente suicida.

Como es suicida la actitud que generó el teoricismo en torno a las actividades prácticas, en torno al quehacer de la comunicación en relación con la expresión. Recuerdo, no me olvidaré nunca de ello, a un colega que hace un par de años me decía lo siguiente: "no es necesario que los estudiantes se capaciten en ninguna forma de expresión. Como ellos están llamados a ocupar cargos en instituciones, a resolver grandes problemas de comunicación, a formular estrategias, no necesitan adquirir ninguna habilidad en el terreno de la expresión".

Una actitud semejante proviene, insisto, directamente del teoricismo y de una estúpida soberbia también. Como se cree que el estudiante por el hecho de "conocer", lo escribo entre comillas, problemas generales de la sociedad y algunas cuestiones más generales todavía de la comunicación, está capacitado para resolver las políticas de un país, los problemas que viven instituciones u organizaciones estatales, ya no hace falta ni siquiera que sepan escribir con algún grado de coherencia. Y no hace falta tampoco, lo cual es más grave, que sepan analizar situaciones de comunicación en particular.

Teóricos versus prácticos

Una actitud semejante ha provocado en muchos sitios un alejamiento, una ruptura, entre quienes ofrecen la capacitación técnica y quienes imparten la teoría. Lo peor es que estos últimos acusan a aquéllos de reaccionarios. Aparte de que no hay nada más reaccionario que un teorista, hay que afirmar con toda la fuerza posible que esa acusación es totalmente falsa. Lo que ha faltado es la capacidad de acercar la teoría a la práctica, más

aún, lo que faltado es la capacidad de generar una teoría *desde* la práctica.

Recuerdo una experiencia que tuve hace dos años. Me tocó dar una charla a encargados de orientación vocacional de la UNAM. Hablé de análisis de mensajes y ofrecí algunos elementos para estudiar los mensajes que la UNAM genera, con la finalidad de informar a quienes están por ingresar. Al final se acercó una persona y me dijo: "¿lo que usted explicó tiene algo que ver con eso que llaman semiótica?" Contesté: sí. La cara se le iluminó, pero creo que de rabia. "Si alguna vez hubieran empezado por aquí, si alguna vez hubieran hablado un poco más sencillo, podríamos habernos entendido". La persona trabajaba también en una escuela de comunicación y estaba enrolada en lo que los teóricos llaman "los reaccionarios".

Una de las primeras tareas, la primera mejor dicho, para la teoría y la investigación de la comunicación en nuestro país es la de relacionar, la de integrar de una vez por todas el quehacer propio de nuestro ámbito, que es —y no puede ser de otra manera— un quehacer teórico-práctico. Y no estoy hablando ahora de la práctica social, me estoy refiriendo específica y exclusivamente a la práctica profesional, a la capacidad de expresarse con eficacia a través de medios impresos o audiovisuales.

Falta, a mi entender, algo que venimos denominando las mediaciones. Entre los trabajos macro y lo correspondiente a cuestiones de microsociología, entre la teoría social en general y la teoría de la comunicación en particular, entre la semiótica y la práctica concreta, cotidiana, de un profesional de la comunicación. Y todo ello no se logra ni desde una actitud teórica ni desde un distanciamiento entre teoría y práctica. En muchas escuelas, es cosa sabida, los estudiantes siguen de manera simultánea dos carreras: una con los teóricos y otra con los prácticos.

La solución es para mí muy sencilla: se trata de pensar y actuar siempre desde la comunicación. Cualquier otro camino podrá formar acaso buenos analistas sociales, buenos charlatanes en otras ocasiones, pero jamás buenos profesionales de la comunicación. Se trata de pensar la teoría también desde los talleres, de establecer un diálogo con los llamados prácticos para generar con ellos las mediaciones necesarias.

¿Hemos hecho investigaciones en esa línea? No creo exagerar si contesto con un absoluto *no*. Los problemas centrales de nuestra profesión suelen quedar tapados por una serie de seudoproblemas.

No digo que para lograr propuestas semejantes no haya que sortear escollos, enfrentar situaciones difíciles, meterse en largas reuniones para conseguir acuerdos. Pero es parte de la labor intelectual y es parte de la labor social, ya que estamos trabajando en el ámbito más social que existe: el de la educación.

El teoricismo, con una fuerte actitud maniquea, ha provocado problemas también en el campo de la instrumentación, en la adquisición de recursos comunicacionales necesarios para interpretar situaciones, para investigar. Con la actitud de aquél que afirma que todo el que no está con él está

contra él, el teoricismo ha descalificado corrientes enteras de la comunicación contemporánea con una mano en la cintura. A un análisis crítico, necesario ante cualquier corriente, sea del signo que sea, se ha superpuesto una descalificación *a priori* en la que se incluyen teorías, metodologías, técnicas.

Y el problema es que cuando una arrasa una ciudad y quiere seguir viviendo sobre el mismo terreno, hay que construir algo nuevo. Si me dedico a descalificar las técnicas del análisis, de contenido y las reemplazo por un palabrerío estéril, por una complicación terminológica, no he ganado mucho en el cambio. Mejor dicho, el que no ha gando ni mucho ni nada es el estudiante.

El salto suele ser a menudo descomunal. Se pretende que con la adquisición de algunos elementos de crítica social es posible dictaminar en torno a situaciones de comunicación. Pero una cosa es el análisis social y otra el comunicacional. Que no se pueda eliminar el primero no debe significar que se elimine el segundo.

En una palabra, estoy aludiendo a la necesidad de ofrecer a nuestros estudiantes recursos de análisis de situaciones comunicacionales, recursos que les permitan formular diagnósticos comunicacionales en su propia vida cotidiana, en comunidades, en instituciones y en situaciones sociales generales. Si no les damos esto y si tampoco los capacitamos en la expresión, terminan como el muchacho que presentó su tesis sobre las etiquetas.

Espaldarazo a la realidad

El teoricismo ha entorpecido también la ampliación del campo de la investigación, de la enseñanza de la comunicación. Hace muy poco han comenzado a aparecer tendencias en nuestras escuelas —tengo mis sospechas y mis certezas de que ello es a causa de la presión de los estudiantes— para abrir los estudios hacia cuestiones como comunicación educativa, comunicación rural, comunicación institucional. Ello quedó relegado largo tiempo *a pesar de que* se habla de tales temas. El teoricismo usa muchos ejemplos tomados de los sectores marginales de nuestros países. Se especializa en denunciar la miseria y la injusticia. Pero meterse a investigar, a tematizar, a analizar, eso nunca. Y como, lo he dicho muchas veces, cuando uno le da la espalda a la realidad ella no tiene por qué detenerse, las investigaciones y la preparación que nosotros no fuimos capaces de hacer ni ofrecer, fue siendo llenada por gente que venía de otras áreas. Cosa por demás justa, pero por demás injusta para nuestros estudiantes que a menudo tienen problemas para encontrar trabajo.

Y lo peor aún es que hay algunos campos totalmente signados por la satanización o por el simple desconocimiento. Entre los primeros me refiero específicamente a la tecnología en general y a las tecnologías de la in-

formación e particular. Nos hemos pasado largo tiempo en las escuelas atacando el contenido transmitido gracias a las modernas tecnologías, sin ocuparnos de ellas específicamente. Por supuesto que hay excepciones, pero lo cierto es que la tecnología, como tal, no ha sido casi nunca o nunca objeto de reflexión en nuestras instituciones. Y no estoy haciendo una defensa a la manera de los malabarismos que solía practicar MacLuhan. Me refiero a una historia de la tecnología en relación con la comunicación, la tecnología a escala internacional y nacional. Aludo a la necesidad de conocer los sistemas interactivos ya existentes; a las máquinas que pueden diseñar imágenes; al tremendo salto cualitativo que se está operando en relación con la distribución y consumo de información; a los problemas legislativos que todo esto acarreará; a la incidencia de los medios en el campo de la educación; a la manera en que actualmente se produce el proceso de informatización en los ámbitos privado y estatal en nuestro país.

Pesó bastante tiempo una descalificación de la tecnología como objeto de estudio. Para mí, junto a la meditación sobre el discurso y los problemas sociales fundamentales, habría que introducir una muy profunda meditación sobre lo que significa el desarrollo tecnológico, la cultura tecnológica.

Podría multiplicar ejemplos, pero me parece que con uno será suficiente. Nos hemos quejado siempre del sistema educativo en relación con su inercia, con su incapacidad de seguir los cambios actuales. Supongamos que se produjera una introducción masiva de las computadoras en ese sistema. ¿Dónde están los recursos formados por nuestras escuelas para alimentar tal sistema? ¿Dónde están los especialistas que podrían elaborar la cantidad de mensajes necesarios para alimentar un sistema semejante? No existen. Y corremos el riesgo de que se incorpore equipo que de inmediato sea llenado con productos diseñados en el exterior, con lo cual el reino, hasta ahora un tanto incontaminado de las escuelas, pasaría a ser un cliente directo de la producción de mensajes por parte de las transnacionales.

Nuestra área de trabajo tiene inmensas posibilidades a partir de una adecuada capacitación. Creo que es hora de poner abiertamente el acento en la profesionalización, sin perder de vista los aportes que puede y debe hacer la verdadera teoría. No quisiera que ninguna de mis afirmaciones sirva de motivos de ataque a la verdadera teoría, a la verdadera capacitación en análisis del discurso, a la verdadera búsqueda de las interdeterminaciones fundamentales de la sociedad. Pero si a todo eso no se suma una fuerte profesionalización, si no se trabaja en relación directa con la práctica, sino se abandona esa enfermedad infecto-contagiosa llamada teoricismo, el espacio que se abrió a comienzos de la década pasada tenderá a desaparecer.

Cuando uno ataca es siempre previsible que venga el contra-ataque. Aclaro, en función de este último, que guardo un gran respeto por quienes trabajan seriamente en comunicación, que reconozco la existencia de excepciones —y algunas muy grandes— a todo lo que he dicho. Pero me mantengo en la afirmación siguiente: si no se toman medidas para corregir

algunos de los problemas derivados del teoricismo, el progreso, la consolidación de la teoría y de la investigación de la comunicación se demorará todavía mucho tiempo. Y el tiempo entre nosotros significa el tiempo más precioso de mucha gente joven. No es lícito, es sabido, mal jugar con el tiempo, con la vida ajena.